



La conspiración

A imaginar conspiraciones, desconfiar de los reportes científicos oficiales acerca de acontecimientos fatales inesperados propende más la sociedad en regímenes autoritarios y por naturaleza herméticos, pero ni las democráticas escapan al onanista juego de las adivinaciones.

Sobran quienes afirman que la desaparición de naves en el *Triángulo de las Bermudas*, la muerte de la princesa Diana, los "avistamientos" de ovnis (con todo y la vacilada de las "abducciones"), el acribillamiento del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, los "cuatro Aburtos" de Tijuana, los atentados de Al Qaeda en Estados Unidos, el suicidio de Digna Ochoa, "la violación y asesinato" de una viejita zongoliqueña o el homicidio de Brad Will son una de dos: "secretos de", o "crímenes de Estado".

La misma noche del martes en que cayó el avión de la Secretaría de Gobernación comenzaron a surgir interpretaciones, hipótesis, opiniones que compiten contra las versiones de los responsables de aclarar qué diablos causó el siniestro.

Pese a lo preciso y frecuente de los reportes oficiales, tanto de la composición multidisciplinaria del equipo internacional de peritos como de los avances en las indagaciones, persiste la incredulidad, y la oportuna encuesta de María de las Heras en estas páginas retrata lo irresistible que a muchos les resulta escapar a la *conspiracionitis*.

La sospecha sembrada por algunos medios y charlatanes que medran con la fraudulenta práctica del periodismo faccioso y de ficción ("de investigación", le dicen) es

endeble y ridícula.

¿Qué ganaría nadie con el ocultamiento de las causas que motivaron el avionazo?

Las averiguaciones pueden conducir nada más a cualquiera de estas conclusiones: falla humana, técnica o atentado.

¿Que nunca se sabrá la verdad pericial?

La única posibilidad de que al final de la investigación sean escondidas las conclusiones verdaderas requiere de un complot imposible... ¡que amarre otras nuevas conspiraciones!

Primero deberá convencerse a una treintena de expertos locales del Colegio de Pilotos Aviadores de México; de la Dirección General de Aeronáutica Civil; del Servicio a la Navegación en Espacio Aéreo Mexicano; del Centro Nacional de Medicina de Aviación, y de los centros de Control de las torres de los aeropuertos de la Ciudad de México y San Luis Potosí, para que ninguno vaya con el chisme.

Luego habrá que cocinar la mayor de las conspiraciones que se requieren: que el gobierno de Felipe Calderón convenza a una instancia (National Transportation Safety Board) dependiente del Congreso estadounidense, y a otra, pero independiente (Federal Aviation Administration), del mismo país; a una empresa privada canadiense (Learjet Corporation), así como a las autoridades de aeronáutica civil de Gran Bretaña (Air Accidental Branch), de ocultar lo que lleguen a saber.

En síntesis: el supuesto conspirativo es muy, pero muy idiota. ■■

carin@milenio.com

